



Hipertexto 14
Verano 2011
pp.163-164

Reseñas

Guelbenzu, José María. *El amor verdadero*. Madrid: Siruela, 2010.
[Hipertexto](#)

Se puede decir que la vida de José María Guelbenzu (Madrid, 1944) ha estado siempre relacionada con la literatura, ya que desde muy joven estuvo implicado en el mundo editorial; mundo que sólo abandonaría a finales de los 80 para dedicarse enteramente a la creación literaria. Entre la casi docena y media de novelas publicadas por Guelbenzu podemos encontrar varias del género negro, no es este el caso de la novela que aquí nos ocupa.

El amor verdadero es la historia de amor de Clara y Andrés, que pertenecen cronológicamente a la generación del autor, desde que se conocen en la infancia hasta el final de la historia (que no de su amor) en el 2005. Además, es la “crónica moral de una generación de españoles” como bien ha notado Ángel Basanta. Es la generación que vive su infancia en los tiempos de la postguerra, experimenta el éxodo del mundo rural al entorno urbano, accede a la universidad contestataria de los años 60, asiste con optimismo e incertidumbre a la desaparición del régimen franquista y la transición hacia una democracia mejorable y, más tarde, ve desvanecerse la ideología de izquierdas, absorbida por la corrupción y el neocapitalismo descarado y postpolítico que sume al país en una euforia económica insostenible y desemboca en la precariedad ambiental, social y laboral que heredaran sus hijos “mileuristas”. En otras palabras, la intrahistoria de Clara y Andrés se presenta necesariamente engarzada en la historia de la España en que se inscribe, la una se ilumina mejor a la luz de la otra.

La construcción de la novela es compleja debido a la constante alternancia de narradores que revelan diferentes puntos de vista de la misma historia y complementan la perspectiva del narrador anterior. Es un multiperspectivismo de índole orteguiano donde la yuxtaposición de varias perspectivas debe ser unificada en la mente del lector. El lector cuenta, no obstante, con la perspectiva de dos narradores autodiegéticos diferentes, que son Andrés y Clara, más otro narrador de estatus ambiguo que sólo al final de la novela desvela su misteriosa identidad satánica—la figura del diablo ya había aparecido anteriormente en la obra de Guelbenzu—y al que podemos considerar, con algunos matices, heterodiegético (pues no sabemos hasta que punto participa o no en los

acontecimientos de los que es testigo omnisciente). Hay saltos temporales tanto analépticos como prolépticos que, a pesar de añadir información sobre partes de la historia ya contadas anteriormente o anticipar eventos todavía no narrados, nunca confunden o dificultan la comprensión del lector. La transición entre narradores es clara, pues cada alternancia comienza en una nueva página. Andrés y Clara narran introspectivamente su historia; el otro narrador añade detalles históricos, familiares o periféricos que, si bien complementan el trasfondo de la historia (o incluso influyen en el curso de la misma), no siempre son conocidos por los dos protagonistas. Este último narrador, además, se permite ciertas libertades metaficcionales a lo largo de la novela y llega a reconocer que las “preocupaciones de un narrador son tantas y es tanta y tan variada la carga que ha de distribuir, que asuntos de importancia quedan a veces descolgados...” (456).

Uno de los personajes más interesantes es, sin lugar a dudas, el tío Cadavia, un adorable, esotérico y bohemio benefactor de la pareja que recuerda, salvando las distancias, a una magistral mezcla entre el Melquiades de *Cien años de soledad* y el Max Estrella de *Luces de Bohemia*.

En resumen, es esta una historia sobre la voluntad de permanecer del amor; no el amor como pasión momentánea y efímera, sino como algo que se construye con esfuerzo, voluntad, admiración, respeto y constancia. Algo que con perseverancia será capaz de sobrevivir a los avatares de la vida, las infidelidades, las decepciones, las ausencias. Resistirá viento y marea y dará frutos si la pareja considera que su amor es algo valioso y digno de mantenerse con esfuerzo, sólo entonces merecerá la pena. Si ni el destino ni las dos personas perseveran en su amor, no estaremos hablando del amor verdadero. Basta decir, para finalizar, que nos encontramos ante una gran novela de un gran escritor.

Luis I. Prádanos-García
Westminster College, Utah